

ARTÍCULO ESPECIAL



Gac Med Bilbao. 2018;115(3):120-122

Jornada científica de la Sociedad de Estudios Psicosomáticos Ibero Americana (SEPIA)

Scientific conference of the Ibero-American Psychosomatic Studies Society

Iberiarra Ikerketa Psikosomatikoko Amerikako Sozietatearen jardunaldi zientifikoa

El sábado 28 de octubre de 2017, se celebró en la sede del Colegio de Médicos de Bizkaia, una Jornada científica de la Sociedad de Estudios Psicosomáticos Ibero Americana (SEPIA) con la colaboración de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao. El ponente, el Dr. Bernard Chervet, disertó acerca de la "Destructividad, trabajo en torno a la falta y fluctuaciones del Superyó". Para analizar el contenido de la jornada y del personaje, se efectúa una entrevista al doctor José María Franco Vicario (Figura 1), expresidente de la SEPIA.

En primer lugar, ¿me podría decir brevemente, qué es exactamente SEPIA?

La SEPIA es una sociedad científica, fundada en Bilbao, en los años ochenta, bajo la iniciativa del Dr. Pierre Marty, ya fallecido, y que fue en los años 50 uno de los cofundadores del Instituto Psicosomático de París (IPSO), conocido también como "La Escuela Psicosomática Francesa". Actualmente, formamos parte, como Sociedad Formadora en Psicosomática, de una amplia red de sociedades formadoras, o en vías de ser formadoras, distribuidas por todo el mundo (España, Argentina, Brasil, Colombia, Suiza, Francia, Grecia, Inglaterra, Rusia, Turquía, etc.) y que se denomina Asociación Internacional de Psicosomática Pierre Marty (AIPPM). Todos los miembros formadores en Psicosomática de esta amplia red de sociedades, somos psicoanalistas miembros reconocidos por la Asociación Psicoanalítica Internacional (API), fundada por Freud el 30 de marzo de 1910 en Núremberg, (Alemania).

La SEPIA, aparte de impartir una enseñanza en Psicosomática para médicos, psicólogos, personal sanitario,

organiza jornadas, coloquios, seminarios etc., en el territorio nacional (Bilbao, Barcelona, Madrid, Valencia, Salamanca, Oviedo, entre otros.) varias veces al año.

Otro ejemplo es la jornada de SEPIA de Madrid, el 1-2 de diciembre, donde el Dr. Christophe Dejours, conocido en Francia como "padre de la psicodinámica del trabajo" dará una conferencia sobre "La tópic de la escisión en Psicosomática", al mismo tiempo que presentaremos su libro "El cuerpo primero" ("Le corps d'abord"), que la Sociedad acaba de traducir al castellano.

Esta es otra de nuestras grandes tareas, la de traducir al castellano, para su difusión, toda la producción bibliográfica (libros, artículos etc.) de los autores psicólogos franceses, dado que cada vez hay menos alumnado de la nuevas generaciones que domine la lengua francesa.

¿Qué podría decirme del ponente, el Dr. Bernard Chervet?

El Dr. B. Chervet es médico, psiquiatra, psicoanalista titular, formador de la Sociedad Psicoanalítica de París (SPP) y de sus institutos de formación en Francia. Ejerce su profesión en Lyon. También es psicopatólogo y miembro formador de la AIPPM. Hasta hace poco, fue presidente de la SPP. Es un gran teórico, como lo demuestran sus numerosas publicaciones, formando parte del comité de las "Monografías y debates en Psicoanálisis" de la SPP.

¿Cuál es el origen del título de la ponencia de esta jornada de la SEPIA: "Destructividad, trabajo en torno a la falta y fluctuaciones del superyó"?

El Dr. Bernard Chervet, en el texto que nos expuso, intentó clarificar algunos términos que se presentan ya confusos en el propio Freud y, en general, en la literatura psicoanalítica. Son términos referidos a las nociones de pulsión de muerte, pulsión de destrucción, de dominio, a la noción del sadismo. No son sinónimos, aunque muchas veces se utilizan como tales. Puso el acento en el interés teórico y clínico de poder diferenciar en el seno de la destructividad, la destructividad propiamente dicha de otros fenómenos psíquicos, como son la desinversión o la extinción. Tampoco hay que confundir la agresividad, con la destructividad, como muchas veces ocurre.

Para ello, partió de una célebre carta de Albert Einstein, que en 1932 envió a la Sociedad de Naciones (la futura ONU) donde solicitaba a Freud que participara en una reflexión crucial sobre la guerra y que este plasmó en su artículo “¿Porqué la guerra?” (1932).

Decía Einstein: “En el hombre vive una necesidad de odiar y de aniquilar. Esta predisposición está habitualmente presente en estado latente y solo sale a la luz en situaciones anormales. Pero también puede ser despertada con una relativa facilidad e intensificarse en la psicosis de masa, en la psicosis de odio y de aniquilación...” ¿Hay un medio para liberar a los hombres de la fatalidad de la guerra?, cuestión en que la subyace una preocupación pragmática: ¿Se puede salvar a la humanidad de sus tendencias destructivas y, finalmente, autodestructivas?”.

Einstein entiende la destructividad como una predisposición elemental contra la que conviene instituir una instancia política internacional, supranacional, encargada de arbitrar los conflictos entre los Estados. La creación de esta instancia exige “una renuncia incondicional de los Estados a una parte de su libertad de acción, es decir, a su soberanía”.

Freud responde a Einstein diciendo que tal instancia política internacional externa, al estar gestionada por seres humanos, su funcionamiento mental tendría que estar exento de todo factor afectivo, como si se hubiera instalado en ellos una “dictadura de la razón”, especie de “súper-hombres” en el sentido de Nietzsche, que es una idealización que desmiente la realidad del trabajo psíquico humano. Este trabajo, a nivel individual de cada cual, se hace y se rehace regularmente y fluctúa entre la tendencia a extinguirse de las pulsiones y la percepción de la castración. Trabajo psíquico que Bernard Chervet llama “trabajo de la falta”, que “nunca es adquirido por el hombre” completamente, como decía Aragón (1944): “No hay amor feliz” (“Il n’y a pas d’amour heureux”).

¿Y qué relación guarda todo esto con la Psicosomática?

Freud siempre se refirió en su teorización sobre el funcionamiento mental individual a lo que la civilización, el arte, la cultura, los mitos etc. ya habían explicado sobre el psiquismo humano. Los poetas, los artistas, decía, saben mucho más que nosotros del alma humana porque beben en fuentes que aún no nos han sido descubiertas a la ciencia. “Ellos siempre se han adelantado a



Figura 1. José María Franco Vicario.

nuestro trabajo y nos han abierto el camino para entender la complejidad del funcionamiento mental del hombre”. Así, escribió sobre Leonardo de Vinci, Miguel Ángel, Shakespeare, “La Gradiva” de Jensen, Goethe, su escritor preferido, junto a Thomas Mann, etc. Analizaba fenómenos colectivos (“Psicología de las masas y análisis del Yo”, 1921, donde cita a Le Bon que escribió sobre “El alma colectiva”, “¿Porqué la guerra?”, 1932 etc.) para aplicarlos al individuo.

De esta manera, su preocupación por cómo impedir la guerra que le plantea Einstein, es substituida por: “¿Por qué nos indignamos tanto contra la guerra?; ¿Por qué no la aceptamos como tantas otras y crueles necesidades de la vida?; ¿Por qué nos indignamos contra algo que, sin embargo, parece conforme a la naturaleza, biológicamente fundado, prácticamente inevitable?”. Para Freud el desarrollo cultural surge de la renuncia del individuo al fin pulsional directo (sublimación). En el ser humano hay un imperativo de culturización, por “razones orgánicas” que está en el origen de la emergencia de la conciencia moral y del advenimiento del Superyó. A su vez, dice Freud, el perjuicio aportado a la sexualidad por el proceso de desarrollo cultural puede fomentar retornos catastróficos a escala de la humanidad. “Incluso puede que hasta la extinción de la especie humana, porque es perjudicial de muchas maneras para la función sexual...”.

El pacifismo y la indignación contra la destrucción, son pues dos adquisiciones de la resolución-destrucción del Complejo de Edipo (el acceso a la castración simbólica, a la cultura y a la civilización), así como el pudor, la repugnancia, el remordimiento, signos todos de un Superyó heredero de esta resolución. Freud tenía la esperanza de que “todo lo que promoviera el desarrollo cultural, trabajaría al mismo tiempo contra la guerra”.

En 1920, Freud, en su artículo “Más allá del principio del placer”, desarrolla su segunda teoría de las pulsiones y nos habla de una “pulsión de vida”, Eros, que trabaja para el desarrollo de la mente, que une y amplifica, tendiendo a la expansión y a construir conjuntos, y una

“pulsión de muerte”, Tánatos, que provoca la desagregación, la desmentalización, reconduciendo la vida al estado inorgánico. Las cosas no son tan sencillas, ni tan unívocas, ya que Eros y Tánatos son un binomio indisoluble e indisociable. Juntos pueden crear infinitas formas de vida psíquica (mentalización) e infinitas formas de muerte psíquica (desmentalización).

En el desarrollo mental humano, no todo el mundo tiene acceso al funcionamiento que nosotros llamamos neurótico, una estructura mental relativamente acabada. Es decir, no todo el mundo alcanza la resolución-destrucción del Complejo de Edipo, accediendo a la castración simbólica y a la creación de un Superyó “guardián del incesto”, lo que corresponde a la “punta evolutiva genital edípica” de Pierre Marty.

Decía Denise Braunschweig que el Superyó es algo más que una instancia psíquica. Constituye al sujeto. Podríamos decir que sin Superyó, no hay sujeto.

Los pacientes psicósomáticos que vemos en nuestra clínica tienen, precisamente, serios fallos en la construcción del Superyó edípico, que es substituido por otras

instancias (Yo ideal, Ideal del Yo) que Melanie Klein y Lacan llamaban “Superyó arcaico, obscuro, cruel” y que refleja que el Superyó edípico nunca fue instalado o fue eliminado. La consecuencia más inmediata, es un incabamiento de su estructura pulsional y mental. Tanto a nivel individual, como colectivo, esta ausencia del Superyó constituye la base sobre la que se exaltan las diversas formas de destrucción. La tolerancia a la pasividad, el odio, la capacidad de regresar en el ensoñar, la simbolización, la culpabilidad, también desaparecen en los pacientes psicósomáticos.

El sujeto es desposeído de su subjetividad en provecho de la sumisión al orden de la psicología colectiva (hiperadaptación y conformismo), las fronteras de su psiquismo están conmocionadas al servicio de una acrecentada potencia conferida a las dos tierras extranjeras que le rodean, la realidad exterior y el soma. La violencia hace estragos por todas partes. Al mismo tiempo que, en ellos, el riesgo de una desorganización progresiva y la aparición de enfermedades potencialmente letales están siempre presentes.